

EL
LA MALDAD AVANZA
RÉGIMEN
ANTES DE QUE FUERAN DEJADOS ATRÁS

TIM LAHAYE

JERRY B. JENKINS



Tyndale House Publishers, Inc.
CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la emocionante página en la red informática de Tyndale: www.tyndale.com

Descubra lo más reciente acerca de la serie *Dejados atrás* en www.dejadosatras.com

TYNDALE es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Dejados atrás es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

La pluma del logotipo de Tyndale es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Título en inglés: *The Regime*. © 2005 por Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins. Publicado por Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

El régimen

© 2006 por Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada del hombre y la verja © 2005 por Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada de la iglesia © por Digital Vision / Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía de los autores © 2004 por Brian MacDonald. Todos los derechos reservados.

Diseño por Jessie McGrath

Traducido al español por Mireya E. Ponce de Clarke y Kevin J. Clarke

Edición por José Luis Riverón

Referencias bíblicas tomadas de *La Biblia de las Américas* y de *Dios Habla Hoy*.

Publicado en asociación con la agencia literaria de Alive Communications, Inc., 7680 Goddard Street, Suite 200, Colorado Springs, CO 80920.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

LaHaye, Tim F.

[Regime. Spanish]

El Régimen : la maldad avanza : antes de que fueran dejados atrás / Tim LaHaye & Jerry B. Jenkins.

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-1014-5 (pbk.)

ISBN-10: 1-4143-1014-5 (pbk.)

1. Steele, Rayford (Fictitious character)—Fiction. 2. Rapture (Christian eschatology)—Fiction. I. Jenkins, Jerry B. II. Title.

PS3562.A315R4418 2006

813'.54—dc

22 2005046728

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

10 09 08 07 06

5 4 3 2 1

L o s p e r s o n a j e s p r i n c i p a l e s :

Nicolás Carpatia, veinticuatro años de edad; políglota; magnate de negocios de importación y exportación en Bucarest, Rumania.

Viviana Ivinisova (también conocida como **Viv Ivins**), espiritista rusa; luciferiana; «tía adoptiva» de Carpatia.

Ricardo Planchet, director regional de la Sociedad Luciférica de Rumania.

Irene Steele, esposa de Raimundo Steele; nueva creyente en Cristo.

Raimundo Steele, treinta y tres años de edad; piloto de la aerolínea Pan-Continental.

Jonatán Stonagal, estadounidense, banquero y financiero internacional.

PRÓLOGO

Tomado de *El surgimiento*

Para cuando cumplió los veintiún años de edad, Nicolás Carpatia había casi terminado sus estudios de postgrado, y controlaba un imperio de exportación e importación, con la ayuda de Ricardo Planchet quien recibía un salario muy bajo. Carpatia salía en las portadas de todas las revistas de negocios europeas y aunque no había todavía salido en las portadas de las revistas *Time* o *Global Weekly*, no pasaría mucho tiempo antes de que esto sucediera.

Nicolás vivía en una mansión en las afueras de Bucarest, a corta distancia del lugar en el que sus padres biológicos fueron asesinados unos pocos años atrás. Viv Ivins disfrutaba viviendo en el piso alto y administrando todos los asuntos personales del joven. Ella supervisaba a sus sirvientes, sus choferes, sus jardineros y todo lo demás en la mansión. Es decir, Viv se preocupaba de cada detalle de todas las necesidades de él.

Nicolás estaba llevando a cabo dos proyectos. Su primer proyecto era el de contratar ilegal y secretamente a un grupo de promotores personales, cuya misión sería la de asegurarse que los competidores que no se pusieran de acuerdo con él desaparecieran de la misma manera en la que sus dos padres y su madre lo habían hecho. Su segundo proyecto era el de rodearse de personas con mucha astucia en el ámbito político.

Su próxima meta era la de llegar a ser parte del gobierno de su país. En primer lugar se haría elegir como representante para el parlamento rumano. Luego se postularía para la presidencia del país. Después sería el líder máximo de Europa y, por último, del mundo entero.

Desde luego que aún no se había creado el cargo de líder del mundo entero pero, en el momento propicio, este ya existiría. Él lo sabía con toda seguridad.

(Tres años más tarde.) El profundo sueño de Nicolás Carpatia fue interrumpido. Le pareció estar despierto, aunque tenía la sensación de aún estar soñando. No había escuchado ningún ruido, ni había visto luz alguna. Sus ojos, simplemente, se le habían abierto de súbito.

Puso su mano por debajo de sus pijamas de seda y se dio un pellizco, tal como solía hacerlo cada vez que un sueño le parecía demasiado real. Comprobó que estaba despierto, así de sencillo, estaba completamente alerta. Se sentó en medio de la oscuridad de su habitación y miró a través de la ventana.

¿Qué era eso? ¿Alguien o algo estaba sentado en el techo? No había manera de llegar hasta allí, a menos que se tuviera una escalera gigantesca. Si hubiera subido unos diez metros más, ese algo o alguien hubiera llegado hasta la altura en la que estaba ubicada la habitación de la tía Viv. Nicolás estuvo tentado a hacerle ir hasta allí. Pensó que si el intruso tenía algún motivo macabro, sería mejor que primero la encontrara a ella antes que a él. Así, él tendría tiempo para escapar.

No obstante, la extraña criatura no se movía. Aguantando la respiración, Nicolás salió lentamente de su cama; silenciosamente abrió uno de los cajones de su mesa de noche y sacó una gran pistola de mano Glock. Mientras él se acercaba con mucha cautela a la ventana, el intruso se volvió y lo miró. Nicolás se quedó paralizado, sabía que la criatura no le podía ver ya que su habitación estaba en completa oscuridad.

Levantó su pistola Glock hasta tenerla al nivel de sus ojos, las manos le temblaban, pero antes de que pudiera disparar,

el intruso levantó un dedo y sacudió la cabeza, como si le quisiera decir que eso no sería necesario.

«No he venido a lastimarte», le oyó decir Nicolás, aunque no era una voz audible. «Pon a un lado tu arma».

Nicolás puso su pistola de regreso en su mesa de noche y fijó su mirada. Su corazón volvió a latir lentamente, no obstante, no sabía qué hacer. ¿Debía abrir la ventana? ¿Acaso debía invitar a la criatura a pasar? En un instante fue transportado hasta afuera, aún vestido con sus pijamas. De pronto él y la criatura —un hombre— se encontraron de pie en medio de un desolado terreno baldío. Nicolás se puso tenso al escuchar los gruñidos, los aullidos y los gemidos de los animales. Se dio otro pellizco; esto estaba realmente sucediendo.

El hombre estaba vestido de pies a cabeza con una bata negra con capucha, sus pies y sus manos estaban cubiertos.

—Espera aquí —le dijo a Nicolás—. Regresaré por ti en cuarenta días.

—¡Aquí no podré sobrevivir! ¿Qué comeré?

—No comerás.

—¿Dónde viviré? ¡No hay un refugio!

—Cuarenta días.

—¡Espera! Mi gente . . .

—Tu gente será notificada —dijo la criatura antes de desaparecer.

Nicolás deseaba que el tiempo hubiera transcurrido tan rápidamente como lo había hecho cuando había sido trasladado desde su habitación hasta este lugar, pero eso no sucedió. Sentía pasar cada segundo, al igual que sentía el calor del día y el frío helado de la noche. Nicolás había crecido acostumbrado a disfrutar de toda clase de comodidades. Hubiera intentado regresar caminando hasta su mansión, pero no tenía idea en qué dirección ir. Todo lo que podía divisar era un completo vacío.

Después de que transcurrieron unos días, Nicolás pensó que estaba a punto de enloquecerse. Trató de marcar el paso del

tiempo cavando, con un palo, en el suelo un agujero por cada salida del sol. Su barba y su cabello crecieron; sus pijamas se convirtieron en harapos. Temió que se estuviera muriendo. Una y otra vez llamó a la criatura. Finalmente lo hizo de manera enloquecida, mediante gritos y durante horas: «¡Moriré de hambre!»

Nicolás perdió la cuenta del tiempo. No estaba seguro si se había saltado uno o dos días o si había añadido demasiadas marcas cuando no debía. Al fin del mes estaba en el suelo en posición fetal, sus huesos sobresaliéndole, sus dientes escamosos. Se mecía y lloraba, deseando morir.

Más horas y días pasaron, mucho más allá de cuando él creyó que ya se había cumplido el plazo de los cuarenta días. En medio de su desesperación creyó que nunca sería rescatado. Dormía por largos períodos de tiempo, despertándose en su estado calamitoso, sucio, temblando y completamente resignado a su suerte. Se decía a sí mismo que había vivido una buena vida. A los veinticuatro años de edad ya era uno de los hombres más admirados y reverenciados del mundo. No merecía esto.

Por fin, el hombre de la bata volvió a aparecer. Nicolás trató de reunir fuerzas para atacar, para arengar, pero el espíritu otra vez levantó un dedo y sacudió la cabeza.

—¿Eres tú el escogido? —le preguntó la criatura.

Nicolás asintió, creyendo que aún lo era.

—Mira a tu alrededor. Pan.

—No son nada más que piedras —respondió Nicolás con voz áspera, mientras maldecía al hombre.

—Si eres quien dices que eres, ordena a estas piedras que se vuelvan pan.

—Te estás burlando de mí —replicó Nicolás.

El espíritu no se movió, ni habló.

—¡Está bien! —Nicolás gritó—. ¡Piedras, vuélvanse pan!

De inmediato, todas las piedras a su alrededor se tornaron doradas y de color café y se veían humeantes. Nicolás cayó de

rodillas y con ambas manos levantó una de ellas hasta su nariz. Se la puso rápidamente en la boca y comenzó a devorarla.

—¡Soy un dios! —exclamó con la boca llena.

—¿Eres dios? —preguntó el espíritu.

Súbitamente, Nicolás estuvo de pie en lo alto del templo de Jerusalén; aún tenía el pan caliente en su mano.

—Yo soy —respondió—. Yo soy el que soy.

—Si lo eres tírate desde lo alto y serás rescatado.

Temblando, exhausto, de pie, descalzo y con sus harapos de seda, Nicolás se sintió lleno de pan y lleno de orgullo por sí mismo. Sonrió y se tiró de la torre del templo. Cayendo rápidamente hacia la rocosa superficie, nunca perdió la fe en sí mismo y en la promesa del espíritu. A unos seis metros antes de estrellarse comenzó a flotar y cayó de pie como un gato.

De pronto, Nicolás y el espíritu estuvieron en la cima de la montaña. Descalzo sobre la nieve, en medio del viento helado, Nicolás sintió que sus pulmones batallaban por obtener suficiente oxígeno para mantenerlo vivo.

—Desde aquí puedes ver todos los reinos del mundo.

—Sí —dijo Nicolás—, los veo a todos.

—Todos serán tuyos si te arrodillas y me alabas como tu señor.

Nicolás se dejó caer de rodillas delante del espíritu.

—Mi señor y mi dios —respondió.

Cuando Nicolás abrió sus ojos, estaba de regreso en su cama. El hecho de que semejante experiencia hubiera sido real era evidente por el mal olor y la suciedad de su propio cuerpo y por los harapos que llevaba puestos. Salió tambaleándose de la cama y vio un papel bajo la puerta. Era una nota escrita con la nítida escritura de Viv Ivins:

Date un baño, cámbiate de ropa y ven abajo, amado. El peluquero, el manicurista, el masajista y el cocinero están aquí para servirte.

U N O

EL BENTLEY BLANCO se deslizaba silenciosamente bajo el toldo del pórtico de la propiedad más extensa de Rumania. Desde el vestíbulo de dos pisos, Nicolás Carpatia miraba a través de las cortinas como el conductor y el guardia de seguridad salían rápidamente del vehículo.

El conductor se puso de pie junto a su puerta, mientras que el guardia —a toda prisa— se ubicó junto a la puerta trasera opuesta, esperando a Carpatia. Nicolás sabía que los dos hombres llevaban unas Uzis compactas bajo sus uniformes.

El acercamiento del automóvil activó una alarma codificada dentro de la mansión, por lo cual una de las sirvientas se dirigió rápidamente hacia la puerta. No obstante, la joven se detuvo cuando vio a Nicolás mirando a través de la ventana.

—Yo me encargo, Gabriela —dijo él sin siquiera darse la vuelta y mirando en el reflejo del vidrio como ella le hacía una reverencia antes de retirarse.

Él mismo tenía que reconocer que no era su costumbre el estar esperando con tanta impaciencia hasta que lo vinieran a llevar. Por el contrario, sus empleados domésticos tenían que ir a buscarle en su oficina, en su biblioteca, o en cualquier lugar de la mansión en el que se encontrara, ya que todo giraba única y exclusivamente en torno a su horario.

Sin embargo, hoy día Nicolás estaba muy ansioso ya que había disfrutado de un día y de una noche enteros después de su extenuante experiencia —cuarenta días ayunando en un desolado desierto—, que debió haberle hecho perder por lo menos veinticinco libras de peso. De hecho, cuando por fin

se vio de vuelta en su propia cama, con sus pijamas de seda hechas pedazos, le pareció que pudo ver y palpar claramente cada una de sus costillas y cualquier protuberancia de sus huesos.

Nicolás había reunido a todos los miembros de su servicio doméstico así como también a los empleados de su negocio de importación y exportación y les había pedido que rápidamente le pusieran al día en todos los asuntos que le incumbían. Mientras tanto había también comenzado poco a poco, a lo largo del día, a servirse porciones pequeñas de comida. Se sorprendió mucho al ver que su cuerpo parecía llenarse y fortalecerse con una rapidez inusitada, como si nunca hubiera soportado semejante ayuno. Al terminar el día había sentido que ya había vuelto a la normalidad. Parecía como si la carne hubiera regresado a sus huesos.

Esta mañana, más que nunca, Nicolás se sintió como un hombre destinado para grandes cosas. Además de que su agudeza mental siempre había parecido estar muy por encima de lo normal, ahora creía que tenía una misión que cumplir. Se había humillado, había dedicado su vida a un ser aún más grande que él mismo, se había consagrado al máximo espíritu guía, el cual le había prometido —a cambio de su devoción— darle el mundo entero. ¡Semejante premio tan grandioso por un precio tan mínimo!

Sus consejeros humanos habían resultado ineptos, poco inteligentes y hasta débiles. Ricardo Planchet, a pesar de tener el doble de su edad, era fácil de intimidar. Por otro lado, su tía adoptiva, Viv Ivins, le prestaba una ayuda muy valiosa pero era demasiado ingenua y adulatora como para servirle seriamente como consejera, aunque se notaba que ella se esforzaba por serlo. Los demás empleados sabían que Viv hablaba en nombre de Nicolás y por lo tanto la respetaban, pero ellos no sabían que él le prestaba muy poco, o casi nada, de atención.

No había sido Planchet, ni tampoco Ivins, quien le había sugerido su plan de acción para este día, sino más bien su

propio espíritu guía. Nicolás estaba extasiado ante el privilegio de comunicarse directamente, obviando cualquier otra intervención humana, con el mundo de los espíritus. Ya que solamente habían transcurrido veinticuatro horas desde tal suceso, no había aún podido determinar si es que el ser con el cual se había comunicado a través de su oración había sido el mismo que le acompañó en el desierto. En realidad eso no tenía importancia; lo que sí importaba era que ahora él tenía acceso a una aparente fuente de recursos ilimitados. Todo lo que Nicolás deseaba saber era qué debía hacer, puesto que ya sabía lo que recibiría a cambio: nada menos que todos los reinos del mundo.

Raimundo Steele, capitán de aviones comerciales pesados de la Pan-Con Airlines, pensaba para sí mismo que lucía diferente. Mientras salía, pasada la medianoche, del centro de vuelo del aeropuerto O'Hare para ir de regreso a su casa en Mount Prospect, se preguntaba si los demás veían en su rostro cómo se sentía realmente. Una de las situaciones que últimamente lo abrumaban era la humillación de tener que regresar a Chicago como pasajero en otro avión de Pan-Con, en lugar de volver piloteando él mismo su avión. Esto se debía a la práctica común de poner a un piloto en cesantía temporal cada vez que un posible accidente tal como el suyo, el cual pudo haber tenido resultados trágicos, era investigado por la Pan-Con y por el Consejo Nacional de Seguridad.

Naturalmente lo que había afectado más a Raimundo fue haberse salvado, por un pelo, de una muerte segura. Le desagradaba sobremanera revivir una y otra vez las imágenes de tan espantosa experiencia, pero la gravedad de la misma la hacía muy difícil de olvidar. Solamente el pensar que tal accidente pudo haber ocurrido y en las consecuencias que tan horrible tragedia pudo haber traído, era suficiente como para enloquecerle. Como si esto fuera poco, había también tenido que repetir durante horas enteras los

detalles del incidente ante los oficiales de Los Ángeles International Airport.

Raimundo, en el instante en que había creído que iba a morir, había clamado y dicho a gritos una oración que ahora no podía ignorar. Había hecho promesas muy sinceras y ahora por lo menos tenía que mencionárselas a Irene.

Tenía que reconocer que su esposa, una mujer con mucha intuición y perspicacia, parecía conocerle aún mejor de lo que se conocía a sí mismo. Aunque tenían sus desacuerdos y discusiones, su relación como esposos era firme —a pesar de que él casi le había sido infiel durante una fiesta de Navidad de la oficina, a la cual ella no había podido asistir.

Ya que tal desliz se había dado hacía mucho tiempo atrás, y aunque nunca se lo había confesado a su esposa, Raimundo creía que ya no debía sentirse culpable por ello. No obstante, este último acontecimiento —lo que quiera que hubiera sido lo que le acababa de pasar— tenía que contárselo a Irene, la única persona en quien confiaba lo suficiente como para hacerlo.

Raimundo nunca había tomado seriamente a Dios, ni siquiera durante su niñez cuando sus padres le llevaban a la iglesia cada domingo. Lo consideraba más bien como algo rutinario. Así era precisamente como tomaba el asunto también ahora, puesto que no le importaba faltar a la iglesia debido a su trabajo. En ocasiones hasta se daba modos para hallar excusas para no ir, aunque no tuviera que trabajar. En cambio Irene parecía ser la más devota, la más interesada en la fe. Estaba firmemente decidida a llevar también a sus hijos y, aunque había aprendido a no acosar a Raimundo al respecto, tampoco podía disimular su disgusto cuando la hacía ir sin él.

Cuando Raimundo llegó a casa, Irene estaba esperándole en la puerta. Los niños ya estaban durmiendo.

—Échales una mirada, pero no los despiertes —dijo ella.

—Está bien, después necesitamos hablar —respondió él.

—Sí, ya me di cuenta. ¿Acaso es algo de lo que tenga que preocuparme?

—Irene le preguntó.

—No, es solo que quiero contarte algo.

—Buenos días, señor. ¿Cómo está esta mañana el hombre de negocios más exitoso de toda Europa? —preguntó el guardaespaldas a Nicolás mientras le abría la puerta del automóvil.

—Aburrido —contestó Nicolás.

Esa era su respuesta típica, pero hoy día hasta en sus propios oídos esta tuvo una resonancia diferente. Hoy no se sentía aburrido ni en lo más mínimo, solamente era que acostumbraba a decirlo, para indicar que aún no estaba del todo satisfecho con todos sus prodigiosos logros, que aún había mucho más por hacer, muchas más batallas que luchar y ganar.

Nicolás Carpatia no podía estar aburrido, sino más bien embargado por la intriga. Sabía, sin lugar a dudas, que tenía el mundo en sus manos.

La única razón por la cual no había pedido que el médico viniera a su propia casa era porque la clínica tenía todo el equipo necesario para la completa evaluación física que tanto ansiaba.

Por ahora el espíritu no le había revelado el momento propicio para establecer su dominio, algo que había estado esperando durante toda su vida. Nicolás había asumido que todo lo tendría que hacer solo, y posiblemente lo hubiera logrado, pero con todos los nuevos recursos con los que ahora contaba, nadie sería capaz de interponérsele en su camino.

Raimundo relató a Irene todo detalladamente: lo relacionado a su nuevo primer oficial, lo de la luz del aceite del motor, lo del registro de mantenimiento que mostraba restos metálicos, todo lo cual había parecido ser tan inofensivo como para haber tenido la plena seguridad de poder pilotear el avión a Los Ángeles.

No habían tenido ningún problema grave, aún cuando habían perdido uno de los motores. Aunque no era algo común, Raimundo antes ya había piloteado aviones comerciales pesados en semejantes condiciones. El problema había sido el clima —no habían tenido suficiente visibilidad hasta que salieron de entre las nubes bajas, después de que ya habían iniciado el proceso de aterrizaje— todo eso, combinado con el malentendido con el jet de US Air, el cual había estado preparando su despegue y había entendido erróneamente que estaba aprobado para tomar pista.

—Tuve que levantar el avión y dar una vuelta —continuó Raimundo en su relato a Irene—. Aún no puedo creer que no nos estrellamos con ese jet. Lo más probable hubiera sido que todos los ocupantes de las dos aeronaves hubiéramos muerto.

—Sabes, siempre oro por tu seguridad —respondió Irene, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, parece que esta vez dio resultado. Yo también oré.

Ella respiró como si estuviera a punto de decir algo, pero titubeó.

—Hice todo lo que pude en un caso como este —continuó Raimundo—. Sin embargo, estaba seguro de que íbamos a estrellarnos en contra de ese jet, por lo que de repente no me quedó más alternativa que, frente a mi nuevo oficial, clamar: «¡Dios, ayúdame!»

—Y Dios sí te ayudó, Raim.

—Debe haberlo hecho. ¿Crees que las promesas que le hice a Dios en silencio aún son válidas?

—¿Las promesas? ¿Qué le prometiste? —preguntó ella sonriendo.

—Que iría a la iglesia cada domingo y que oraría todos los días.

—Y tú que eres un hombre tan recto y que siempre cumple su palabra —replicó ella, abrazándole y riéndose—. Puedo ver que estás fatigado y tembloroso, pero yo también tengo algo que contarte. Tal vez esperaré hasta mañana, hasta que te sientas mejor.

—Más bien estoy un poco animado. Cuéntamelo ahora de una vez.

Las enfermeras, e inclusive algunos de los enfermeros, parecían no poder quitarle los ojos de encima a Nicolás Carpatia mientras este se dirigía hacia uno de los cuartos de la clínica. Él estaba acostumbrado a semejante atención. Muchos ya le habían dicho cuán bien parecido era y como proyectaba la imagen de todo un ídolo. Por el momento eso no le preocupaba, todo lo que le importaba era saber cómo había afectado su salud el ayuno de cuarenta días que había acabado de pasar en el desierto.

—¿Explíqueme, por favor, por qué es tan urgente este examen? —le preguntó el doctor mientras preparaba una prueba para determinar el grado de tensión.

—Me perdí cuando salí en una excursión y mi gente no pudo encontrarme durante cuarenta días.

—No supe nada de eso. Me imagino que algo así hubiera salido en las noticias.

—No hubiera querido dar semejante ventaja a mis competidores. Mis empleados no hubieran reportado mi muerte sino varios meses después de que hubiera ocurrido —respondió Nicolás con una sonrisa.

—¿Es propenso a inventar cuentos y hazañas, señor Carpatia?

—¿Yo? No. ¿Por qué?

—¿Qué comió mientras estaba perdido?

—Muy poco, casi nada.

—Perdón, ¿qué dijo?

—Casi nada.

—Por favor, trate de recordar. Tal vez comió animales pequeños, plantas, frutas silvestres, o algo por el estilo.

—Honestamente, le digo que no comí nada. Es más, ni siquiera recuerdo haber tomado agua —contestó Nicolás, sosteniendo ambas manos en alto.

—Un ser humano no puede vivir sin agua. Sin alimento tal vez, por cierto tiempo, pero no sin agua. Usted tiene que haber estado recibiendo su hidratación de algún modo.

—Es posible, pero como podrá imaginarse, después de unos días ya estuve delirando. De hecho, me sorprendió saber que estuve allí solo por cuarenta días; me pareció que pasaron meses.

—¿Le sorprendería saber que solo ha perdido tres libras desde que le vi por última vez el año pasado?

—Sí, eso sí que es una sorpresa.

—Y también es algo que no calza con su historia, señor.

—No puedo engañar a la ciencia, ¿verdad?

—No señor, eso no es posible. Y si no fuera porque han pasado literalmente veinticuatro horas desde que terminó su ayuno en el desierto, no lo estaría sometiendo a todas estas pruebas físicas. No obstante, su pulso en reposo es tan bajo como el de un corredor de maratón, y . . .

—He corrido maratones.

—No me va a decir que hizo ejercicios durante su dura experiencia.

—No, claro que no.

—Su respiración parece normal. También su presión sanguínea, al igual que su nivel de azúcar y todo lo demás.

—Entonces, prepáreme la máquina de ejercicios.

Irene estaba nerviosa. Tenía la esperanza de que Raimundo, debido a la experiencia tan horrible por la que acababa de pasar, fuera más sensible y receptivo a lo que le acababa de suceder a ella. Sin embargo, no quiso dar esto por sentado, así que comenzó su relato con mucho tino.

—Recuerdas que te he contado acerca de Jackie, la señora con la que me veo en el parque . . .

—Sí, la fanática religiosa que te llama Ire.

—Ella no es una fanática religiosa, Raim.

—Según lo que me has contado, sí parece serlo —respon-

dió él, encogiéndose de hombros—. Siempre está tratando de que vayas a la iglesia; siempre está hablando acerca de Jesús como su Salvador personal y de cosas por el estilo. Me recuerda a un fastidioso amigo que yo tenía cuando era niño.

—Entonces, olvídale —replicó Irene, tirando los hombros hacia abajo.

—No lo tomes a mal, cariño. Solo estaba tratando de decirte que sí sé de quién me estás hablando.

—Pero si piensas que ella es una fanática, tal vez no te va a gustar lo que sucedió.

—No le dijiste que iremos a visitar su iglesia, ¿verdad? Espero que no sea eso.

—No. La verdad es, Raim, que ya casi me estaba colmando la paciencia. Llegué al punto en que yo ya no quería escucharla. Me dijo que su iglesia estaba llena de cristianos nacidos de nuevo, quienes solo trataban de ayudar a otros a llegar también al cielo.

—Ves, eso es justamente a lo que me refiero —dijo Raimundo poniéndose de pie—. Deberían preocuparse de llegar ellos mismos al cielo y deberían dejarnos a los demás en paz.

—No entiendes, ellos ya son nacidos de nuevo.

—¡Qué rayos significa eso!

—Que ellos ya están en camino al cielo. Jackie dice que su pastor toma sus enseñanzas directamente de la Biblia.

—Qué aburrido.

—Además, ella me preguntó si en nuestra iglesia nos enseñaban acerca de la salvación.

—¿Salvación? Bueno, desde luego. ¿Verdad, Irene? ¿Acaso no todas las iglesias lo hacen? Nos reunimos, cantamos, alabamos, ayudamos a otra gente, aprendemos cómo ser mejores personas y con eso somos parte del equipo de los buenos. Ya sé que no he tomado en serio a la iglesia, pero ahora que hice estas promesas a Dios, creo que ya no tendrás que preocuparte por mí y tampoco yo tendré que preocuparme por mí mismo.

—No le dije que iríamos a su iglesia —continuó Irene, sabiendo que la conversación no iba por buen camino.

—¿Entonces qué le dijiste?

—Bueno, Jackie dejó de ser tan insistente. Debe haberle sido obvio que el tema me molestaba, así que ya no lo volvió a mencionar.

—¡Qué alivio!

—Durante varios días me habló de todo, excepto de eso. Pero entonces, Raim, realmente comencé a desear que ella volviera a hablar del asunto.

—Estás bromeando, ¿verdad? ¿A pesar de toda la presión que te había estado poniendo?

—La verdad es, cariño, que nuestro pastor no toma sus enseñanzas de la Biblia y tampoco nos enseña acerca de la salvación. En nuestra iglesia simplemente asumen que todos ya sabemos de eso y jamás lo discutimos.

—Es por eso que me gusta nuestra iglesia.

—Bueno, por último, Jackie me dijo que no quería ofenderme y que solamente quería lo mejor para mí. Entonces me preguntó si yo aceptaría un folleto para que me lo llevara y lo leyera y pensara en su contenido.

—He visto tales folletos. Son bastante extraños.

—Pues este no lo era.

—¿Mm . . . ?